

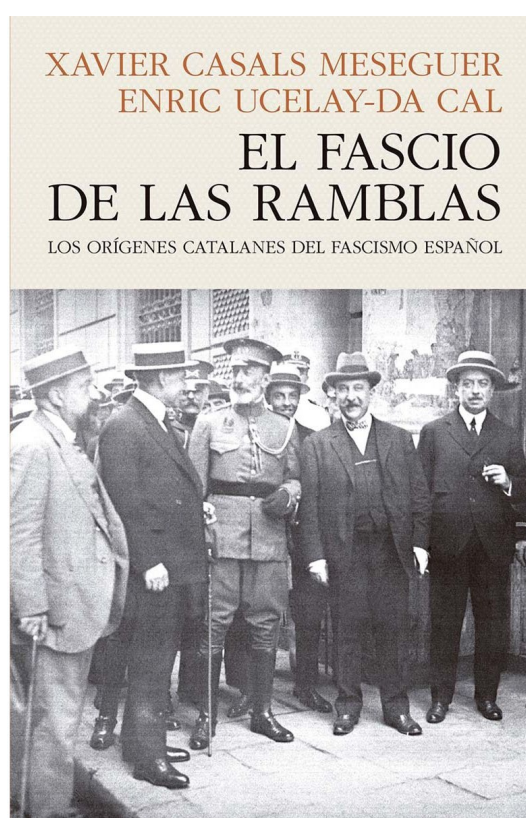
Xavier CASALS MESEGUER y Enric UCELAY-DA CAL:
El fascio de las Ramblas. Los orígenes catalanes del fascismo español,
 Barcelona, Pasado & Presente, 2023, 568pp.,
 ISBN: 978-84-12595-46-8.

Carles Garcia i Flores
Universitat de Girona

La «incubación» del fascismo español

No hay nada más humano que preguntarse por el origen de las cosas. Una inquietud que atraviesa nuestra vida, y no solo la infancia y sus tiernos porqués, sino que ha sido, es y será el motor primario de gran parte de las investigaciones de nuestro gremio. Entre la multitud de debates que abonan el campo de la historiografía española, el de los orígenes del fenómeno fascista en suelo patrio ha cosechado interesantes y variados relatos. Explicaciones que buscan comprender mejor una coordenada clave para el siglo XX no solo español, sino europeo y mundial. Por todos y todas es conocida la gran quimera que resulta su estudio, en especial la hoja de doble filo que supone intentar definir algo tan líquido y *sui generis* como fue el fascismo. De la pluma combinada de Xavier Casals Meseguer y Enric Ucelay-Da Cal nace la última y más interesante aportación a este debate: *El fascio de Las Ramblas: Los orígenes catalanes del fascismo español* (Pasado & Presente, 2023).

En esta obra, los autores integran las experiencias dictatoriales españolas en una *longue durée* donde Cataluña, y en especial Barcelona, juega un papel clave como cuna o incubadora de la experiencia fascista patria. Al escribir experiencias dictatoriales, en plural, nos referimos de hecho a una de sus aportaciones atrevidas pero justificada a lo largo de su obra: la existencia de no dos, sino cuatro dictaduras en el siglo XX español. Experiencias que, aun con sus diferencias, son —a juicio de los autores— inseparables: los «virreinos» de Milans del Bosch (1919-1920) y Martínez Anido (1920-1922), la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930) y la de Francisco Franco (1939-1975).



Otra de las aportaciones, y no menos atrevida, es la de defender que en España hubo no uno, sino dos fascismos. Un fascismo de primera generación, en el que se centra este estudio, que se caracterizaba por primar el elemento organizativo en detrimento de la ideología, que tuvo su origen en La Habana y que se desarrolló en una dialéctica conflictiva entre Barcelona (donde el escenario principal fue el paseo de Las Ramblas) y Madrid. Sus tres plasmaciones principales fueron la Liga Patriótica Española, el Sindicato Libre y La Traza. Por otro lado, un fascismo de segunda generación incubado en el eje Valladolid-Madrid y que, a diferencia del anterior, tuvo un mayor desarrollo ideológico: no era monárquico, sino con retóricas republicanas e influjos vanguardistas. Este segundo fascismo se plasmó primero con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), de Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo, y con la Falange Española (FE), de José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador.

El concepto clave que se nos presenta es el de la «capitanía cubana», entendida como «la asunción del poder civil por Capitanía de forma dictatorial, con el apoyo de las élites locales, y una milicia civil auxiliar» (p. 18). Como su propio nombre indica, esta lógica hunde sus raíces en la experiencia colonial antillana española y cruzará el charco con el trauma del 98, instaurándose en la península como una vía plausible para la gestión del orden público y evitar que Cataluña se convirtiera en una «segunda Cuba». Esto evocará a una paradoja que ya advierten los propios autores: «[...] el Ejército, para evitar que Cataluña se separase de España como una *segunda Cuba*, la *cubanizó* por la vía españolista de crear una *Capitanía Cubana*» (p. 103).

A lo largo de los veintisiete capítulos que vertebran la obra, se dibuja cronológicamente (si bien no de forma estricta) ese recorrido desde ultramar y su implantación en la península, y se pone el foco en la multitud de actores cuya voz formó parte de esa coral, por mínima que fuera, como fue la vía cubana y la experiencia del primer fascismo.

El poso colonial es un elemento central en el planteamiento de los autores y es destacable cómo consiguen ir más allá del africanismo como chivo expiatorio. Si José Ortega y Gasset, en su *España invertebrada* (1921), escribía el ya famoso y repetido «Marruecos hizo del alma de nuestro ejército un puño cerrado, moralmente dispuesto para el ataque», para los autores, la experiencia de ultramar contribuyó a *cerrar* ese puño metafóricamente. Si bien los mandatos en capitanía de los generales Weyler y Polavieja demostrarían que España no estaba preparada para una dictadura castrense, son importantes en cuanto reflejan la transición de un militarismo decimonónico de «espado-nes» a un giro antiliberal del Ejército, fruto del «desastre», y a su vez el desembarco de aquel militarismo de ultramar en la Barcelona de finales de los años diez.

Los «virreinos» de Milans del Bosch, Martínez Anido y Miguel Primo de Rivera como capitanes generales de Catalunya, que hicieron sus carreras entre ultramar y Marruecos, reflejaron una realidad estructural de clara continuidad, más allá de dar simples

respuestas de fuerza al (des)orden público: fueron experiencias clave que pavimentaron la implantación de la dictadura primorriverista, vista esta como una traslación al teatro nacional de una experiencia regional de ocupación castrense del poder. Milans del Bosch mostró a Primo cómo una gran huelga —en su caso, la de transportes de mayo a junio de 1923— podría ser un salto hacia un poder virreinal que superara el ámbito regional. De Martínez Anido, el marqués de Estella aprendió los instrumentos y límites en la gestión de una dictadura castrense regional, como fue la «ley de fugas», el Somatén o la importancia de incidir en el plano social y político más allá de la simple represión. Además, mostró cómo el peso del Ejército laminaba el espacio político de un fascismo autóctono, con el matiz de ser auspiciado desde el poder y no incubado en las rivalidades de la sociedad civil. Unas lecciones que a su vez emergían de la experiencia cubana, pasada por el tamiz de la experiencia catalana y que, como se expone, cristalizaron en la dictadura primorriverista. No obstante, para los autores, la plasmación más refinada de una «Capitanía cubana» a escala estatal fue la dictadura franquista.

Ha de destacarse que esta obra supone también un rechazo a la ya desacreditada historiografía que ve en la dictadura de Primo de Rivera un simple paréntesis, una experiencia sin pena ni gloria a la sombra del franquismo, otorgándole un carácter y sentido propio en concordancia con la tesis de la «Capitanía cubana». Los autores defienden que la experiencia primorriverista fue vital en la culminación del fascismo español por dos motivos. El desacierto que supuso la dualidad confusa del Somatén Nacional y de la Unión Patriótica como partido milicia fue un error del que Francisco Franco tomaría nota al crear su posterior partido único. El otro motivo, si bien puede parecer anecdótico, es cómo el peso que le dio Primo a la Unión Patriótica facilitó que su ciudad cuna, Valladolid, se convirtiera en el polo ideológico en que eclosionó ese segundo fascismo español de base agrarista, castellanista y católico.

El concepto de *Capitanía cubana* funciona como telón de fondo para el convulso primer tercio del siglo XX en la ciudad de Barcelona y va más allá del morbo del pistolero, integrando actores tan diversos como el carlismo, los mauristas, los lerrouxistas, el Somatén, la patronal o aquellos grupúsculos que la historiografía ha cualificado de fascistoides, como son los Libres o La Traza. Todos y cada uno de estos actores, que por separado han sido objeto de un mar de tinta sobre el primer tercio del siglo XX en la Ciudad Condal, vuelven a la palestra a través de un concepto que permite a los autores cohesionar todos ellos en su relato. En especial, les permite mostrar un poder castrense que, lejos de ser anémico, supo hacerse un lugar e influir en el porvenir de la vida política y social no solo de la ciudad, sino del propio país.

El ensayo interpretativo que tenemos entre manos puede resultar *a priori* demasiado ambicioso al crear un relato que puede leerse como teleológico. Un peligro del que los propios autores son conscientes y que resuelven en la introducción, aclarando que la importancia del concepto de «Capitanía cubana» es también una decisión narrativa. Por

convinciente que resulte, al leer esta obra no dejan de resonar ecos peligrosos como es la búsqueda del pecado original del que habría nacido el fascismo español, una especie de *Sonderweg* patrio comenzado en Cuba. Pero que los árboles no impidan ver el bosque: esta obra debe valorarse, más que por aportar supuestas verdades absolutas, por los debates que suscita. El uso de una bibliografía tanto clásica como actual del periodo trabajado es notable, si bien es necesario puntualizar que pesa más la española que la internacional, en especial sobre el colonialismo. Por ejemplo, no llegan a indagar en los interesantes debates internacionales sobre la lógica y la violencia colonial (parcialmente ya reseñados en esta revista) que podrían aportar mayor complejidad a sus interpretaciones.

Aunque esta obra vuelve sobre algunas reflexiones anteriores de los autores, se trata de un trabajo de síntesis y de actualización cuya lectura es recomendada para las personas interesadas en estar al corriente de los avances historiográficos españoles sobre el fascismo y el militarismo. Esperamos y deseamos que las réplicas y los debates que nazcan de sus propuestas enriquezcan aún más nuestra historiografía.